

XILOCA 5
págs. 91-100
1990

**"ASSI FERA LO DE SILOCA, QUE ES DEL OTRA
PART":ALUSIONES EPICAS A NUESTRA
COMARCA EN EL CANTAR DEL MIO CID**

Francisco A. Lázaro Polo*

I. NOTAS DEL SIGNIFICADO DE LA POESIA EPICA

La épica es un género literario en verso - aunque pueda derivar en subgéneros en prosa - que tiene como finalidad cantar las hazañas de un héroe, paradigma y espejo en el que se mira toda una comunidad humana. Esta sería, en principio, una definición bastante simplificada que serviría, sin embargo, para iniciarnos en la búsqueda de cabos y matices que completasen, siquiera un poco más, este género que ha simbolizado por su significado el alma cultural de todos los pueblos de la tierra.

Toda comunidad humana, por pequeña que haya sido, ha tenido sus mitos y sus dioses, ninfas, piedras sagradas, sabios centauros, fantásticos dragones y las más impensables deificaciones de fuerzas naturales. El ser humano, caña pensante o pequeño mundo de extravagancias - como de él han dicho muchos de los sabios que en el mundo han sido -, ha reflexionado, desde la misma noche de los tiempos, sobre su ser y el entorno que ocupaba. Y tras la reflexión, se ha quedado perplejo y anegado en el mar inmenso de la duda. Como consecuencia de esta actividad, ha surgido la angustia, esa desazón existencial que propicia que el hombre - haciendo nuestras y, al mismo tiempo, tergiversando las palabras del poeta - viva en guerra con sus semejantes y con sus mismas entrañas.

Para vivir en paz es necesario forjar eso que los filósofos han llamado "creencias", algo ajeno a las ideas, por provenir del territorio irracional del ser humano. Estas

*. Profesor en el Instituto de Bachillerato Ibañez Martín de Teruel.

creencias se conforman como sustratos patrimoniales, deviniendo, un poco más tarde, a testamentos espirituales de las distintas comunidades humanas. La creencia de este modo se transmite gratuitamente de padre a hijo; sostiene al hombre y promete esperanza a su destino. La creencia llega a satisfacer interrogantes que se adivinaban sin respuesta y, en definitiva, confiere sentido a la vida y al entorno de los hombres.

Pues es en esa zona de las creencias que habita en el ser humano, en ese sistema cultural petrificado - sólo cambiante en forma de accidente -, en donde asoma la faz el complejo y laberíntico cuerpo de la épica. Un género literario que intenta explicar la identidad del ser humano y el mundo en el que se mueve. Una forma literaria que sostiene la inquietud del presente y del futuro, que erradica la desazón existencial generada por las preguntas que en el hombre no obtienen respuestas. Sólo, desde esa posición de feliz esquizofrenia, es posible la aprehensión - quizá ficticia - de la identidad humana.

Resulta imposible pensar en los griegos despojados de la ferocidad insaciable que destila la venganza de la llada o de la astucia dolosa que heredaran del pragmático Odiseo. Como increíble resulta que un finés no sueñe con las placenteras saunas del Kalevala o que un sajón no se acueste cada noche con el anillo del Nibelungo prendido de su dedo. Camelot sigue albergando las filias del inglés y Rolando nunca llegó a morir en Roncesvalles para la mente de un francés. Los indúes siguen luchando al lado de Rama en Ceilán para ayudarlo a arrebatarse a Sita de las garras de Ravana. Y, como no podía ser menos, los hispanos nos hemos mirado cada mañana en el espejo cídiano en el que habitan la valentía, el honor, la diligencia del buen padre de familia, la ternura, la creencia sistematizada y coherente de una religión transcendental y otras tantas cualidades a las que el carácter de los habitantes de la piel de toro nos tiene acostumbrados.

Así, pues, la épica hispana forma parte de nuestra identidad. Se presenta como una fuente materna y milenaria en la que siempre saciamos nuestra sed. Espejo en el que siempre miramos nuestras arrugas; oráculo que despeja y desempaña nuestras dudas. Sólo conociéndola un poco más, podremos también nosotros conocerla.

II. DISTINTAS INTERPRETACIONES DEL CANTAR DEL CID

Abruma en gran manera hablar o escribir sobre esta obra literaria. A cualquiera nos produce la impresión de que nada falta decir sobre ella. Y, sin embargo, se han dicho y escrito muchos disparates. El tema sigue abierto y seguirá mientras haya mundo.

Como Don Quijote, Don Juan o la Celestina, la figura del Cid ha sido utilizada con muy diversos fines. El Cantar del Mío Cid ha dado lugar a estudios históricos, sociológicos, folklóricos, jurídicos, psicoanalíticos, geográficos y de otros muchos tipos. También ha recibido distintos enfoques en el plano literario. Como literatura que es, participa de ese carácter polisémico que conlleva toda obra literaria.

No es este el lugar adecuado para inventariar la infinidad de estudios que sobre esta obra han recaído. Los hay sobre la autoría del poema, sobre la posible fecha de

composición, sobre la antinomia "historicidad/poesía" en el contenido de los versos; sobre la métrica, temas, motivos, influencias, pervivencias, estilo, rasgos lingüísticos, personajes, perspectivas, tiempos, espacios, formularios en su elaboración y otras muchas facetas literarias.

Se suceden estudios contradictorios unos de otros, sintéticos en algunas ocasiones; creadores de tópicos, con bastante frecuencia o destructores de mitos culturales. Cualquier investigador o entusiasta literario siente reparos al enfrentarse a esta obra. Interpretaciones, aparentemente sólidas, pueden quedar en poco tiempo guillotizadas. Y es que a la verdad - que, para algunos, nunca existe - se llega por una sucesión de dialéctica infinita.

Pero, sin embargo, ahí está el texto, el Códice conservado en la Biblioteca Nacional de Madrid, copiado o compuesto por Pedro Abad, con arruga o sin arruga - en este caso la arruga nunca es bella porque da lugar a grandes quebraderos de cabeza -. Un texto que es el primero de los grandes textos de nuestra historia literaria, el más antiguo de los Cantares de Gesta conservados y, lo que es más importante, el más completo. Está ahí, para que cada uno sea capaz de utilizarlo como quiera; pero dentro de unas reglas mínimas que deben, en todo momento, respetarse. Reglas que se observan para controlar cualquier enfoque del fenómeno cultural.

Todo esto propicia que, aparte de la anécdota, con sus temas y motivos, encontremos en el Cantar de Mio Cid a un hombre que, buscando su identidad, busca la de su entorno para, de ese modo y manera, explicar a los hispanos lo que en el futuro iba a ser España.

Lo que menos importa, pues, es que el autor fuese de tierras sorianas o turolenses, que fuese uno o varios. Tampoco nos importa que, en su origen, el Cantar se escribiese en aragonés o en castellano - lenguas, al fin y al cabo hermanas, provenientes de la misma madre, por lo que no podrían en mucho diferir -. Sí importa, sin embargo, que todo lo contenido en el Cantar ha afectado, en algún momento, a todos los pueblos que hoy integran el Estado español. Importa que España vea en esta obra literaria la materialización de su epopeya o uno de los elementos que forman su inconsciente colectivo al que siempre vuelven los deseos generados por la libido del reprimido hispano.

No pretendemos en el siguiente epígrafe, al hablar de la relación entre el Cantar del Mio Cid y nuestra Comarca del Jiloca, descalificar¹ lo que de cultura nacional hispana tiene esta obra. Ello sería caer en la desgracia que conlleva una cultura provinciana que se aísla con su narcisismo local - sigo a Marías - del conjunto de conocimientos poseídos por otras civilizaciones de su entorno.

Hablar de nuestra Comarca del Jiloca, como parte integrante del Cantar, es hablar de Aragón y del resto de los pueblos que hoy forman lo que llamamos España. Bien es verdad que con peculiaridades diferentes que no por ello separan ni caotizan nada, sino que enriquecen un mismo acervo cultural, patrimonio común de los descendientes del Cid.

1. Utilizo una expresión de Julián Marías aparecida en el artículo de ABC, 22-9-89, titulado "La descalificación de España".

III. "ASSI FERA LO DE SILOCA, QUE ES DEL OTRA PART": EL CID, UN RENEGADO CASTELLANO EN ARAGON

El Cantar de Mio Cid se ha dividido en tres partes o Cantares: el del destierro, el de las bodas y el de la afrenta de Corpes.

En la primera parte van a aparecer unos hombres, a los que el autor llama "mestureros", que son los verdaderos causantes de la desgracia del Cid. Se trata de unas personas que sienten envidia - observemos como este pecado capital que Don Miguel de Unamuno señalaba como esencial en los españoles aparece plasmado en los mismos orígenes de la literatura española - por la fama adquirida por Rodrigo y por los lazos de amistad que unen a éste con el rey Alfonso VI.

Una vez sembrada la discordia, el héroe castellano es declarado como persona no grata y debe salir desterrado de Castilla. Acompañado de un puñado de valientes - alguno de ellos parientes - parte, llorando, de Vivar. Su espíritu, sin embargo, no desfallece y asegura a Alvar Fáñez que regresarán a su tierra cuando haya recuperado la honra que ha perdido por culpa de las calumnias de los odiosos "mestureros". En su entorno, el Cid está muerto y debe recuperar la honra para volver a vivir. Ha señalado algún crítico el tema de la honra como el elemento que estructura la totalidad del Cantar de Mio Cid.

Ni siquiera esa niña dulce, que tan bien pintara poéticamente M. Machado, osa ayudar a nuestro héroe. Tal es el pavor que inspira la venganza del rey en su pregón para que nadie preste ayuda al noble castellano. Pero, aun con todo, el pueblo está con el Cid.

Huyendo, pues, de las mesnadas del rey castellano, el bueno de Rodrigo y sus hombres ponen sus pies en tierras de Aragón. En Castejón ya se enriquecen y comienzan a ganar honra. Desde esta población parten entre bendiciones de moros y moras.

Atravesadas las aguas del Tajuña, el Cid se asienta entre Ariza y Cetina, obteniendo, allí también, ganancias. Cruza Alhama, la Hoz, Briviesca, Ateca, para descansar, finalmente, en Alcocer. "en un otero redondo, fuerte e grand". Describe, todavía más, el lugar cuando dice que: "açerca corre Salón..."; con lo cual no pueden cortarle el agua. El Cid tiene pensado tomar Alcocer.

Ya en nuestra tierra, el Cid comienza a ser un renegado al abandonar a los cristianos para vivir con los moros. Participa en cierta medida - pero con muchas diferencias - en el hecho de convertirse en un personaje mozárabe³. A la luz del texto del verso 566 - "venido es a moros, exido es de cristianos" - parece más plausible la primera interpretación que ya esbozará, hace algún siglo, el jesuita Masdeu.

2. Verso 555. Citamos a través de la edición del *Cantar del Cid*, Madrid, Espasa Calpe, 1976, según el texto antiguo preparado por R. Menéndez Pidal, con prólogo de Martín de Riquer.

3. Así lo ha considerado Camón Aznar en un estudio que lleva como título este mismo marbete, publicado en la Revista de Estudios Políticos, XVIII, 1947, págs. 109-41.

Mediante un ardid, el Campeador toma Alcocér. Tanto los habitantes de esta población como los de Terror le pagarán tributo. Comienza, sin embargo, a los habitantes de Ateca, Terror y Calatayud a pesarles los triunfos del Cid - todos esos que son fundamentales para recobrar la honra perdida - y deciden llamar al Rey de Valencia de quien dependen estas tierras saqueadas por las huestes castellanas. El rey Tamín - que así se llama el de Valencia - siente temor ante los éxitos del Cid en tierras del Jalón, sobre todo cuando le advierten sus súbditos aragoneses que:

"Si non das consejo, a Teca e a Terror perderas,
perderás Calatayuth, que non puede escapar,
ribera de Salón todo irá a mal,
assi ferá lo de Siloca, que es del otra part."⁴

Desde este momento, pelagra otra ribera, además de la del Jalón. Es la ribera que está en la otra parte, la que nos toca a nosotros más de cerca. La ribera del Jiloca entra en escena en el Cantar del Mio Cid. Nuestra comarca, a partir de aquí, va a servir de entorno para la consecución de la forma de la identidad hispana. Tan sólo, un escenario más, si se quiere, dentro del Cantar; pero vital, sin duda, como elemento estructural en el itinerario - y nunca mejor dicho - de la obra. Un espacio de tránsito constante, de idas y venidas, de sosiego, de reclutas o de preparaciones bélicas; un espacio importante, por lo tanto.

IV. Y POR FIN... EN LOS PARAJES DEL SILOCA

El rey Tamín de Valencia envía a dos de sus emires, acompañados de tres mil moros bien armados, con la misión de apresar al Campeador y de traerlo vivo ante él para que pague la osadía de haber penetrado en tierras de su señorío. Cabalga este ejército para llegar a Segorbe a pasar la noche. Reanudan la marcha al día siguiente y reposan, de nuevo, en Cella:

"Otro día mañana pienssan de cavalgar,
vinieron a la noch a Çelfa posar
.....
Ixieron de Çelfa la que dizen de Canal
.....
....."

⁴⁵

4. Versos del 632 al 635, págs. 92-94 de la op. cit.

5. Encontramos esto en los versos que van del 645 al 649. Siguiendo precisamente estos versos, el profesor A. Ubieta Arteta nos dice que estos itinerarios, de los que habla el Cantar, representan cifras excesivas para ser recorridas, en tan poco tiempo, por un ejército medieval. Dicho lo cual, también afirma que la forma declarativa "del Canal", atribuida a Cella, se debe a que en dicha población existió, en tiempos del Cid, un canal, auténtica obra de ingeniería, que conducía el agua del río Guadalavivar hasta Cella. Estos datos los hallamos en la obra *El Cantar de Mio Cid y algunos problemas históricos*, Valencia, Anubar, 1973, del profesor antes citado.

De Cella partirán y, en un día, llegan hasta Calatayud - toda la ribera del Jiloca, atravesada en sólo veinticuatro horas, parece, ciertamente, a todas luces, excesivo -. Los emires Fáriz y Galve ponen cerco al Cid en el castillo de Alcocer. Este cerco dura tres semanas. Pasadas las cuales, el Cid y los suyos lidian con los moros. Destaca, precisamente, en esta contienda un caballero aragonés que aparece en el verso 740 del Cantar: "Galín Garciaz, el bueno de Aragón".

Ganan los cristianos la batalla. El emir Fáriz se refugia en Terror y Galve huye a Calatayud. El Cid vende Alcocer y se encamina hacia la parte baja del río Jalón. El hecho lo recoge el verso 858 cuando nos dice: "passó Salón ayuso...". Al pasar el río, las aves le pronostican buenos agüeros, lo que le anima a seguir su camino:

"Aguijó mío Cid, ivas cabadelant
y ffincó en un poyo, que es sobre Mont Real;
alto es el poyo, maravilloso e grant;
.....

Nos encontramos ya en el centro de nuestra comarca del Jiloca.

Así lo señalan estos versos que van del 862 al 864. Y es, precisamente, en éste último en el que Martín de Riquer, en el prólogo a la edición del Cantar que utilizamos, señala de qué manera el autor del poema, al unir dos hemistiquios que flotaban en el ambiente juglaresco, creó un verso de concesión lapidaria y de fuerte puño épico. Hasta incluso hubiera podido ocurrir que, en los tiempos de la épica románica, hubieran circulado juntos.

Se da, a partir de aquí, una descripción perfecta de nuestra comarca. También entran en escena poblaciones cercanas a ella: Cella, Daroca, Molina, Teruel:

"Motió en paria a Daroca enantes,
desí a Molina, que es del otra part,
la tercera Teruel, que estava delant;
en su mano tenié a Çella la de Canal".⁶

A continuación de esto, unos versos, en este primer Cantar, van a servir de contrapunto a lo que sucede en nuestra zona. En ellos aparece Alvar Fáñez en Castilla, hablando con el Rey Alfonso. Este último se entera de la fama y riqueza que el Cid ha conseguido en tierras de Aragón. El Rey acepta los presentes que el Campeador le envía.

Entretanto, Rodrigo Díaz de Vivar alza su campamento en El Poyo. Es por este motivo por lo que esta población, en adelante, se llamará el Poyo del Cid. Así lo profetiza el autor del poema en estos versos que apuntamos:

6. Versos 866-69, p. 112 de la op. cit.

"Quiérovos dezir del que en buena çinxo espada
aquel poyo en él priso posada;
mientra que sea el pueblo de moros e de la yente cristiana,
el Poy de mio Çid asil dirán por carta"⁷.

En el Poyo establece, pues, el Cid su cuartel general. Desde allí había de organizar correrías, escaramuzas y algarabías. Producto de estas tropelías sería el sometimiento a tributo de todo el valle del río Martín:

"Estando allí, mucha tierra preava,
el val del río Martín todo lo metió en paria"⁸.

Nuestra comarca ha aparecido en el verso 864, cuando el autor habla del Poyo. Jules Horrent dice que son ciertos los atributos - "alto", "maravilloso" y "grant" - que el autor del Cantar atribuye a esta población. Sin embargo, matiza Horrent que, aunque éstos sean exactos, son poco significativos, por ser tópicos, tanto desde el punto de vista geográfico como del estrictamente literario. Para Horrent tiene más interés las observaciones que el autor del Poema hace sobre Monreal o sobre el río Martín⁹.

Desde nuestra comarca, las hazañas del Cid llegan hasta Zaragoza. El Campeador permanece quince semanas en el Poyo. Minaya tarda en llegar desde la gentil Castilla y eso llevará a que el Cid abandone esa población del centro del Jiloca. Así lo dice el autor en el verso 910, plagado de cierta angustia y desolación: "dexó el Poyo, todo lo desenparava".

El Cid - aunque exista en el Cantar un cierto escamoteo espacial va atravesando nuestra comarca y llega más allá de Teruel. En nuestra región - tal vez por la melancolía que genera el cruzar una llanura -, los hombres del Cid sienten nostalgia de Castilla; sobre todo, cuando Minaya y sus hombres, que regresan de tierras castellanas de entrevistarse con Alfonso, les traen noticias de sus familiares y amigos.

Al pasar el Cid por nuestra tierra la iba saqueando. Toma también tierras de Zaragoza, Huesca y de la zona de Montalbán. Por fin, decide dirigirse a la tierra rica de Valencia. En ese momento, comienza el Cantar segundo, el de "las Bodas de las hijas del Cid". Rodrigo Díaz de Vivar es ya un hombre rico; además, casi ha culminado el proceso de recuperación de la honra que perdiera en Castilla. En nuestra tierra aragonesa, el Cid es un personaje de leyenda.

En nuestra tierra recluta hombres para la conquista de Valencia. Una noche, el Cid sale de Murviedro y amanece en tierras de Monreal. Lanza pregones por Aragón y Navarra y envía a Castilla a sus mensajeros para reclutar gentes que quieran quitarse de trabajos y enriquecerse luchando contra moros.

7. Versos 899-902, p. 116, *ibidem*.

8. Versos 903-904, p. 116, *op. cit.*

9. Esto viene a decir en la obra *Historia y Poesía en torno al Cantar del Cid*, Barcelona, Ariel, 1973, págs. 319-20.

De nuevo aparece Monreal en el verso 1.186 - anteriormente lo había hecho en el verso 863 -. A. Ubieta, en la obra que hemos citado anteriormente, contradice al autor del *Cantar*. Para este historiador la mención de Monreal sería un anacronismo más de los muchos que abundan en el Poema. Siguiendo a J. M^a Lacarra, Ubieta afirma que la repoblación de Monreal tendría lugar en el mes de Septiembre de 1.124, fecha en la que se crearía dicha población. De ahí se deduciría, pues, que Monreal no existiría en los tiempos del Cid, máxime, a decir de Ubieta, en una zona dominada por los musulmanes desde el siglo VIII. Es a partir de esa fecha más tardía, y no en tiempos del Cid, cuando Alfonso I, siguiendo el consejo de Gastón de Bearn - a imitación de lo que ocurría en Jerusalén -, ordenó y constituyó una orden militar, por medio de la cual el rey, vencidos los musulmanes de este lado del mar, pudiese abrir el camino marítimo que conducía a Jerusalén. Monreal sería la mansión del rey celestial. Allí los transeúntes encontrarían cosas necesarias y una posada segura, teniendo en cuenta sobre todo - como sigue diciendo Ubieta - que la zona de Daroca hasta Valencia estaba llena de pasajes inviables, incultos e inhabitables.

No entramos ni salimos en los problemas del historicismo y en los posibles anacronismos - que, sin duda, los hay como han señalado varios investigadores - que Ubieta señala a lo largo del *Cantar*. Nos ocupamos, tan sólo, de las alusiones existentes a nuestra comarca en el Poema del Cid. Nada importa, pues, para nuestro trabajo que los lugares, hechos o personajes sean coetáneos o anacrónicos con respecto al tiempo histórico cidiano. Lo normal es que en una obra literaria prime la ficción sobre la historia, aunque a la primera se llegue deformando la segunda. En cualquier caso, el principio de la verosimilitud - que tanto ha influido en nuestras letras, funde perfectamente estos dos ingredientes básicos del fenómeno literario. Después, la literatura - como ocurrió ya en la Edad Media y el ejemplo lo tenemos en el mismo *Cantar del Cid* - puede servir hasta de fuente privilegiada para la ciencia de la historia. El problema surgiría, sin embargo, para los que se dedican a esta última ciencia, en el momento de discernir lo histórico de lo poético. Se trata, en último término, de un riesgo más de los muchos que acompañan la aventura de la ciencia.

El mensaje del pregón que el Cid transmitió a sus enviados vuelve a repetirse entre los versos 1.192 y 1.194. En dicho mensaje se dice, para los que quieran seguir al Campeador, que los esperará en Cella:

"quien quiere ir conmigo, cercar a Valencia,
- todos vengan de grado, ninguno non ha premia-
tres días le speraré en Canal de Çella"¹⁰.

Tras nueve meses - como si de un parto humano se tratara - de cercar Valencia con nuestras gentes, la ciudad se rinde. El Cid manda a Minaya Alvar Fáñez a tierras de Castilla para ofrecer riqueza al rey Alfonso y para que éste otorgue el permiso necesario para que la esposa e hijas de Rodrigo puedan partir hacia Valencia. Minaya, para llegar a Castilla, debía atravesar nuestra comarca, pero el juglar o clérigo -quien

10. p. 144, op. cit.

quiera que fuese el autor/es del Cantar -, para no hacerse prolijo, escamotea los lugares por donde pasó. Y de esta manera, el itinerario de Minaya lo despacha en tan sólo un verso - el 1.310 -: "Dexarévos las posadas, non las quiero contar".

El Cid desea llenar de opulencia y de boato la acogida de su familia por parte de los castellanos. Para ello envía un ejército de cien hombres armados con destino a Medinaceli. A la cabeza de esta comitiva marchan los hombres de confianza del Campeador: Muño Gustioz, Martín Antolínez, Pedro Bermúdez y el Obispo Jerónimo de Perigord, un monje guerrero cluniacense - creación simbólica para algunos críticos y verdadero autor del Cantar como afirma una reciente teoría -. La comitiva atraviesa Albarracín, descansa en Bronchales y pasa una jornada en Molina de Aragón. En esta última población son recibidos por el moro Abengalbón - antecedente remoto del mito de la "maurofilia" que tanta importancia había de tener en la novela morisca del Siglo de Oro - que era amigo personal del Cid. El moro nutre con sus hombres la escolta enviada por el Cid Campeador.

Con esto terminan las alusiones a nuestra comarca del Jiloca y sus zonas limítrofes. Bien es verdad que en el Cantar de Mio Cid no hay una descripción muy exacta de nuestros parajes o de otras tierras turolenses que fueron entorno de las vivencias bélicas cidianas. Pero también es verdad que nuestras tierras se pueden codear en importancia con las tierras castellanas que aparecen en el Cantar. Parecido conocimiento manifiesta el autor/es del Cantar de unas tierras que de otras. Por lo tanto, la misma validez podríamos otorgar a la teoría de Menéndez Pidal de filiar los autores del Poema a tierras sorianas como a la de Ubieta Arteta que vincula la personalidad del autor - Pedro Abad, autor que no copista - con un hombre nacido, criado y que había vivido en tierras turolenses cercanas a Santa María de Albarracín. Y echándole más imaginación al asunto ¿por qué no vincular la personalidad del autor o de los autores - si es que aceptamos dos estilos en la composición -, llámense Pedro Abad o Jerónimo de Perigord, con alguno de los monjes guerreros de la población de Monreal?

Ubieta, el gran defensor del aragonésismo del Cantar, también defiende la tesis - atacada por Rafael Lapesa - de que la obra - algo lógico si se acepta la autoría aragonesa - habría sido escrita en lengua aragonesa - lengua, entonces, con el mismo rango literario que pudiera tener el castellano - para, más tarde, haber sido vertida a un castellano mezclado con aragonesismos. Apasionante como hipótesis resulta, también, - así lo señala Ubieta - que algunos antropónimos que aparecen en el Cantar se relacionen con topónimos aragoneses. Por lo que a nuestra comarca se refiere constata el parecido - en lo que a paronomasia se refiere - existente entre el nombre Tamín, rey moro de Valencia, y "Camín", población situada en la provincia de Zaragoza o Camín-Real, en la provincia de Teruel. En lo que se refiere a esta última población podemos preguntarnos si existía entonces Camínreal o sólo poblados medievales, con otro nombre, cercanos a esta población. La respuesta, sin duda, es esto último.

Por lo demás poco nos importa que el Cid estuviese o no estuviese en Monreal. Lo importante es que el autor del Cantar conocía esta población, como conocía también Calamocha, Cella o, Daroca. Conocía, en definitiva, toda la ribera del Jiloca, desde Cella hasta Calatayud. Estas poblaciones aparecen en el Cantar, existieran o

no en la época del Cid. No es la cuestión más importante buscar rigor histórico en una obra que es literaria. Por lo demás - ya lo sabemos -, la literatura resulta el medio más lícito y apasionante de tornar la historia en poesía.

Teruel, día del Arcángel San Miguel, del 1989.